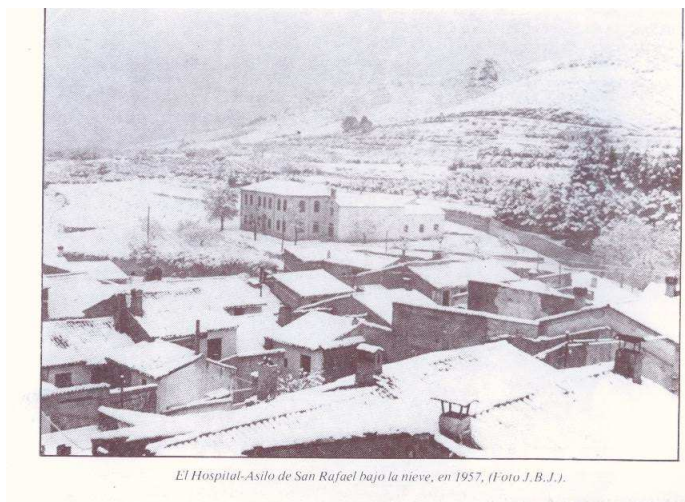


LOS JAZMINES DE “LA OLAYA”, LAS PORQUERAS DEL ASILO Y LA CHASCA DE SOR BEATRIZ

Mucho se ha escrito, se ha hablado y se ha contado del asilo San Rafael. No me gustaría caer en repetidas frases o anécdotas que pudieran haber sido divulgadas por otros que también fueron alumnos del ya lejano y casi olvidado parvulario.

Mis primeros pasos en la enseñanza, como tras de mí lo hicieron mis hermanos Francisco y Emilio, fueron en el aula para párvulos en el asilo San Rafael. El edificio estaba cercano a la casa donde nacimos y vivimos en los años cuarenta del pasado siglo XX. Como en la enseñanza pública no daban plaza hasta cumplir los siete años, durante tres o cuatro años, hasta alcanzar dicha edad, el único lugar en el que los niños cuyos padres voluntariamente lo desearan, previo pago estipulado podíamos estar recogidos durante gran parte del horario en el que nuestros padres se encontraban en el trabajo.

En aquellos años, en el mencionado asilo, había pocos ancianos acogidos y algún niño huérfano hasta que tenían la oportunidad de mandarlo al orfanato en Valencia. Entre dichos ancianos había dos personajes que sobresalían de los demás. Ambos eran del sexo femenino. La mayor de ellas se llamaba Olaya, la más joven, Consuelo.



El Hospital-Asilo de San Rafael bajo la nieve, en 1957. (Foto J.B.J.).

Ésta sufría una discapacidad mental, por lo que había momentos en que su comportamiento se hacía agresivo. Su procedencia, según se comentaba, era de un caserío de la serranía. Solía llevar entre sus brazos una muñeca de trapo de la que no se separaba ni siquiera para dormir. En cuanto a Olaya, o “la Olaya”, como solíamos nombrarla entre nosotros, de su origen nada sé. Era bastante mayor que Consuelo, o así me lo parecía a mí, puesto que nunca se dejaba ver el rostro al completo, ni recuerdo haberle escuchado jamás palabra alguna.

En aquellos años, en el asilo había un amplio cobertizo, destinado a almacenar leña. Era también cobijo de varios animales de corral: gallinas, conejos, cabras y algún pato. Tenía, además dos o tres recintos para los cerdos, como en cualquier casa de pueblo.

“La Olaya” era la encargada de cuidado de éstos. También hacía lo propio con varios jazmineros que, emparrados, crecían en el patio, donde un par de limoneros, con su aroma, mitigaban algo el que salía del cobertizo.

En tiempos de la floración de los jazmineros, cada tarde, envuelta en sus largos faldones, con la cabeza y medio rostro tapado con un negro pañuelo, tratando con ello de ocultar la desviada mirada de su ojo izquierdo, recorría el pueblo, portando en su brazo un dorado cesto de mimbre, con varios ramilletes de la blanca flor, que ella, en la

madrugada, recogía y confeccionaba con gran maestría. De regreso al asilo, llegaba con el cesto vacío y dos o tres pesetas en la faltriquera. El precio del ramillete era de diez céntimos la unidad; o sea, un chavo.

Como ya he comentado anteriormente, había unas porqueras, establo de los “gorrinos”. No es que ello fuera lugar de castigo de los niños revoltosos, pero en cierta ocasión sí sucedió una anécdota en torno a esos recintos, donde los cerdos, sin apenas espacio, esperaban ajenos y durmientes sobre un lecho de paja, el día de su sacrificio, el cual se convertía, por un corto espacio de tiempo, en un solemne ritual de sangre y fuego. En cambio, las cabras, de colgantes ubres, salían de vez en cuando al patio, por el cual las gallinas picoteaban a diario, entre los rosales. En la zona no ajardinada, dedicada a los juegos en el horario de recreo, sólo había un par de moreras que, con generosas sombras, nos acogían en las mañanas del fuerte sol.

La clase de los niños tenía la puerta de entrada por la zona este. Era un antiguo portón de una sola hoja. A la derecha de la entrada, recuerdo que en la pared estaba expuesta una fotografía enmarcada de amplio tamaño del Generalísimo Franco, vestido con uniforme militar. La zona de la izquierda era más profunda. En el fondo había una amplia mesa desde la cual la religiosa Sor Beatriz se encargaba de mantenernos en orden. Tras su mesa, un crucifijo de oscura madera, unas pocas representaciones de escenas religiosas en sendos cuadros distanciados el uno del otro decoraban la amplia estancia. Varios alargados banquillos de madera nos servían de asientos. Dos débiles perillas suspendidas del techo era todo el alumbrado eléctrico que poseía mi primera aula, la cual era sólo para niños.

Ora estancia, que tenía su entrada por la cara oeste, era la de las chicas. Las mañanas las dedicaban al estudio. <por las tardes, la clase se convertía en una escuela taller de costura y bordado. De él saldría, seguramente, algún ajuar para el casamiento de más de una alumna. En esa estancia, al fondo, un pequeño escenario en el cual, en fiestas muy especiales, se realizaban cortas representaciones en las que los actores eran alumnos del parvulario y algunas chicas de más edad, las cuales prefirieron continuar su formación con las religiosas, en lugar de pasar a la escuela pública.

Sor Beatriz, con calma y paciencia, se esforzaba día tras día por que aprendiéramos, además de leer, escribir, sumar y restar, base fundamental de la cultura de los pueblos, junto con el respeto al prójimo, el obligado Catecismo. Y he de confesar que el respeto a los mayores sí lo cumplíamos a rajatabla y que, para nosotros, los niños, todos eran mayores. En cambio, con la propiedad ajena no fuimos tan respetuosos, en particular con los higos que las abundantes higueras ofrecían en su momento, una insalvable tentación para nuestro hambrientos cuerpos. Incluso los que había alrededor del asilo y que eran propiedad de éste, cuando estaban en plena producción, al atardecer recibían las furtivas visitas de los niños del barrio, sabedores de que a esas horas las religiosas se encontraban en plena oración.

La disciplina en la clase, en cierto aspecto era bastante rigurosa, si bien los castigos no lo fueron tanto. Un rato cara a la pared, o un suave golpe sobre nuestros



despeinadas o rapadas cabezas, con una enorme castañuela de madera, llamada “Chasca”, con la que Sor Beatriz marcaba e ritmo de los cánticos religiosos, era suficiente para poner orden en la revoltosa clase.

Pero volvamos al cobertizo. Cierta día no sé qué fechoría hicieron dos de los niños de la clase que las religiosas, como severo castigo, los metieron en una de las porqueras que en esos momentos estaba desocupada. Poco les duró la estancia en tan maloliente lugar. Éstos, al verse solos, cogieron un palo cada uno y empezaron a darles golpes a una joven cerda. Las monjas, al escuchar los alarmantes gruñidos del animal, creyeron que éste estaba atacando a los indefensos niños, acudiendo rápidamente al lugar del severo castigo, excitados y preocupados, con sendos rosarios en las manos, como pidiendo, a través de ellos, protección para los niños allí castigados y perdón para ellos, por haber provocado lo que ellas creían que sería una tragedia. Cuando entraron en el recinto, encontraron una escena diferente a la que se habían imaginado. Los dos niños castigados se encontraban de pie, cada uno de ellos con una “branca” en la mano y a la joven cerda tumbada en un rincón de su celda. Las religiosas suspiraron, sacando rápidamente a los niños de allí. Seguramente pensaron que el severo castigo se había vuelto en contra de ellas, creyendo que la joven cerda se encontraba moribunda. No fue así y, en su debido tiempo, pudo realizarse la matanza, como cada enero.

Tras esta insólita anécdota, pronto llegó la Festividad de la Santa Cruz de mayo,



la cual conmemorábamos cada primavera, el día tres del quinto mes del año. El día antes, los niños acudíamos con ramos de flores, unos de sus huertos, otros, salíamos en busca de ellos por los cercanos y floridos ribazos de los alrededores. La tarde la dedicábamos a la formación de la gran cruz sobre las baldosas del interior de la clase que, al día siguiente, con gran ilusión, adornaríamos con nuestros regalos. Huevos, harina, conejos, azúcar, arroz, garbanzos y todo

alimento que pudiera engrosar la despensa del asilo. Todo esto, unido a los charrones del frito de la matanza, aliviaría el abastecimiento de los allí acogidos.

Nosotros, los niños, acudíamos con nuestros presentes, con la ilusión de lo que éramos: niños. En una edad en la que no podíamos comprender el sacrificio que nuestros padres tenían que hacer para vernos con esa alegría. Con sumo cuidado, llevábamos media docena de huevos en una cestita de alambre, o cuatro largos bollos de chocolate en una pequeña bolsa de tela, a los que nosotros llamábamos “saquet de la berenda”. Todo ello a costa de sacrificar, quizá en alguna familia, un par de comidas esa semana.

Y hasta aquí parte de los recuerdos que, durante mi estancia en aquel alegre parvulario, he intentado reflejar lo más fielmente posible, puesto que la distancia que me separa de ellos son setenta años. No obstante, todavía resuena en mi subconsciente, el inconfundible sonido de la “Chasca” que sor Beatriz dominaba con gran maestría.

En la villa de Enguera, 2012

José Marín Tortosa